

INTRODUCCIÓN MEMORIA DIVISIÓN DE CULTURA

Hoy, la búsqueda de cualquier sociedad tiene que ver con el concepto de construir una relación decente entre nosotros, los seres humanos. Exige el ser solidario, ponerse en el lugar del otro y ser sensible con uno mismo y con los demás, asumiendo que todo lo humano nos interesa. Si bien puede ser que jamás logremos, o al menos no en un plazo humanamente predecible, llegar a una sociedad suficientemente igualitaria, donde el hombre y la mujer valgan lo mismo, desde una perspectiva moral, sin embargo, es necesario declarar que resulta absolutamente indispensable buscarla, construirla y seguir buscándola una y otra vez.

Si no lo hacemos, se va a reproducir una situación en la cual el hombre va a seguir siendo “el lobo del hombre”, tal como lo expresaba un famoso dramaturgo. Muchas veces el hombre cruel es, al mismo tiempo, cruel con su entorno e insensible con él mismo, de manera que mata su alma y sus relaciones con los otros. Es decir, elimina tanto al texto como al contexto.

Es por eso que una sociedad donde la crueldad se impone no tiene futuro como tal, ya que el concepto de sociedad cruel no existe, porque desaparecería el ideal de orden ético que la sustenta.

Asumiendo esta realidad, ¿Cómo podemos reflexionar desde allí acerca de Chile? Creo que en nuestra sociedad hay un primer gran tema que, supongo por un singular tipo de pudor, ha sido muy trivializado durante mucho tiempo: es aquel de la construcción de la alegría. Es decir, el tema de tratar de fundar una sociedad alegre. Esto tiene que ver con la manera en que la gente usa su inteligencia. La alegría es solidaria, es tremendamente aguda, inteligente y colectiva.

Este tema de la alegría es clave, porque no es materia de los tratados convencionales de la filosofía política. La alegría aparece en la literatura, en el teatro, en la música, en el cine, pero no es considerada como un problema de la vida real y no tiene la dignidad de cátedra de los grandes temas. Y, sin embargo, la tiene de sobra.

La alegría está relacionada con la salud mental, tiene que ver con qué se hace con el tiempo libre, cómo tratamos a los otros, cómo educamos a los niños y cómo nos vemos a nosotros mismos. Y eso es justamente lo que nos falta como país. Necesitamos construir una sociedad que ría, una sociedad sensible, que recupere los espacios de reflexión, las tertulias, el tiempo libre, creativo y las ganas de compartir las utopías personales y colectivas.

La sociedad chilena ostenta los valores de una sociedad muy joven en un continente con una historia muy larga. En tanto unidad nacional, está a punto de cumplir los dos siglos. La cultura occidental de América Latina, dentro de la cual se inserta la historia de nuestro país y de la cual, de alguna manera, forma parte, es

relativamente nueva comparada con las culturas originarias del continente, ya que lleva apenas dos o tres siglos.

Hago alusión a esto de los tiempos como una forma de reflejar que si los hechos históricos no son analizados en una perspectiva de mediano y largo plazo es imposible entenderlos.

Si miro una muralla desde una corta distancia, es difícil darme cuenta de que puedo encontrarme frente a la gran Muralla China, la única construcción humana que se puede ser vista desde el espacio. Simplemente por el factor de la cercanía física, no logramos advertir sus reales dimensiones.

Es el caso particular de nuestra historia, que es muy reciente. La sociedad chilena es una sociedad que nació y se construyó a partir de grandes procesos de ordenamientos de la población y la cultura, de manera muy difícil. Hacia el norte del territorio, en medio de conflictos con países hermanos y hacia el sur, con comunidades indígenas de un potencial excepcional.

Por añadidura, consignemos aquí un hecho extraño, que aún tiene secuelas culturales. Chile fue fundado en un libro. Chile existe primero en La Araucana y después como nación. Es Alonso de Ercilla, en su poema, el que funda Chile, otorgándole ciertos rasgos muy particulares y dando origen a una gran epopeya. Ese es un tema sobre el que habría que volver, porque se me ocurre que allí asoma constantemente un mensaje que pretende ser recuperado. Pero, el hecho cierto es que Chile nace en ese contexto y dentro de un continente particular y maravilloso.

Desde ese momento, ha seguido construyéndose paso a paso entre avatares de toda especie. Su extrema lejanía de los grandes centros culturales ha permitido un proceso muy particular en el cual, casi de "oídas", hemos recibido múltiples influencias culturales, absorbiéndolas de manera especialmente diferenciada.

Somos tributarios de todos los movimientos producidos tanto en Europa como en el Norte que cristalizan entre nosotros en una suerte de caleidoscopio de pensamiento y de obras.

Esta extraña mezcla es la materia prima de nuestra incipiente identidad y nos produce no pocos obstáculos a la hora de intentar un diagnóstico y una síntesis, por muy primarios que sean. Es por eso que la iniciativa que dio origen a este libro constituye un muy valioso aporte y una inmejorable instancia de reflexión acerca del lugar que nos estamos construyendo dentro de la comunidad de países de América y del mundo. Lo que más urge, en efecto, es tratar de averiguar, con un cierto rigor conceptual, nuestro propio grado de pertenencia tanto al territorio específico de Chile como al otro de la sangre y de las raíces más profundas de este mestizaje a veces poco deseado. Creo, querido lector, que hoy es más útil que nunca "perder el tiempo" en la lectura acuciosa de textos como el que estás hojeando en este

momento. En él, las voces de muchos se unen en un esfuerzo por desentrañar la esencia y los mecanismos que ponen en marcha el lento progresar de la construcción de una identidad propia como autores de nuestra historia personal y colectiva.

Sólo conociéndonos podremos re-pensarnos como ciudadanos y como nación, y con ello asumir una tarea que nos compete a todos y que no es otra que la de dar cumplimiento a los sueños colectivos que siguen habitando en todos y cada uno de los habitantes de este trozo de planeta que alguien, hace ya algunos siglos nombró como Chile, en el fin del mundo.

CULTURA 2002 - CONSOLIDAR Y EXPANDIR (*VERSIÓN 10 / ENERO / 2002*)

Una delicada etapa de transición

Hasta que no exista una nueva Institucionalidad Cultural, la División de Cultura del Ministerio de Educación seguirá siendo la instancia más compleja y abarcadora del campo de las iniciativas artísticas y culturales que se promueven desde el Estado y el Gobierno. Este año 2002 será de transición, esto implicará entre otras cosas, que aun demorándose la aprobación del Proyecto de Ley, que crea el Consejo Nacional de Cultura, sus debates irán generando un clima de deliberación pública respecto de las políticas en el ámbito cultural. También es de esperar un mayor protagonismo de los gremios e instituciones ligadas al quehacer de la cultura en relación a como se culmina este proceso, que ha despertado enormes esperanzas en el mundo de los artistas y creadores y que, sin embargo, ha tenido algunas dificultades especialmente en lo que atañe a las condiciones laborales de quienes hoy se desempeñan en áreas ministeriales que deberán confluir a la nueva propuesta de estructura.

Conviene destacar que el presupuesto aprobado por el Parlamento para el presente año es apenas levemente mayor al del año 2001 y que, en términos globales en los últimos tres años, se ha contado con recursos muy próximos a la continuidad; exceptuando el sector de los Fondos Concursables y que por consiguiente, nuestras actividades se han expandido temática, territorial y socialmente con financiamiento muy estrecho, en un contexto de grandes esfuerzos y necesidades para los Chilenos.

Es decir, desde cualquiera perspectiva, los recursos con los cuales contamos son dramáticamente escasos, especialmente si se considera que las recurrentes insistencias y ofertas juegan en este período de la historia nacional un rol inédito y sustantivo, hoy se espera mucho más de la cultura. Debemos estar atentos al riesgo de la frustración y a los efectos devastadores que a veces se generan en los espacios públicos a partir de aspiraciones y esperanzas no satisfechas, el tiempo es una variable dura. Desde nuestra perspectiva, los componentes de una política cultural se tejen en base a los siguientes factores los cuales deben estar presentes a nivel nacional y regional.

- Libertad y democracia que alimente el debate y el protagonismo público
- Una Institucionalidad moderna y eficiente que produzca un desarrollo armónico en cada uno de los sectores de la cultura.

- Compromiso del Estado con la cultura, expresado en fomento y apoyo a iniciativas.
- Desarrollo de los debates con las comunidades, creadores y ciudadanos, para que se hagan presentes en los contenidos de las políticas.
- Impulso a la investigación en cultura.
- Formación de gestores comunales y regionales.
- Desarrollo de fondos y programas concursables.

La libertad en la diversidad

Tenemos conciencia que las palabras expresan débilmente nuestras pasiones para explicar la significación que le otorgamos a las políticas culturales para el desarrollo humano, el bienestar material, la expansión creativa y para la riqueza de los procesos democráticos, especialmente cuando los debates culturales han sido poco frecuentes o han estado acotados más a fenómenos mediáticos que estéticos como ocurrió con el cuadro de Simón Bolívar, el falo de Machalí y la casa de cristal de Fondart. Es preocupante que otras iniciativas trascendentes contaran con muy poca presencia pública. Esto nos orienta a desarrollar hacia los medios de comunicación una política de relación, información y formación.

El tema esencial del cual nos hacemos cargo es cómo acoger y asumir las dinámicas de creatividad y con esto ensanchar los indicadores de inteligencia general de nuestro país, ya que estamos persuadidos que las variables culturales serán los elementos emergentes más sustantivos de la expansión y solidez de cualquier nación en el siglo XXI.

Se trata por ello, de generar a partir del Estado nuevas posibilidades de desarrollo creativo y estético, sin intervenir inductivamente con nada que se parezca a una cultura de Estado, sino que por el contrario, postulando a la sociedad civil y a sus espacios artísticos como los lugares donde naturalmente y de manera constante se van definiendo y redefiniendo las rutas de la cultura.

Sabemos que el libre enriquecimiento de las potencialidades creativas, tanto las que se afincan en las tradiciones como las que emergen ensayando lo nuevo, irán generando un clima que permitirá pensar que cada habitante de nuestro país que tenga sensibilidades e intereses creativos, en cualquiera de las áreas de la cultura, podrá acceder a las condiciones que les permita desarrollarse más plenamente y no sucumbir a la frustración como ha ocurrido con demasiada frecuencia.

Cuando hablamos de ciudadanía cultural nos referimos por tanto a dos niveles complementarios, por una parte al derecho libre, al acceso, goce y debate cultural sin censuras, obstáculos o limitaciones que empobrezcan o impidan que la cultura sea parte de los bienes sociales y, por otra, a que todos los que opten por cultivar la creación, profesionalmente o no, puedan contar en diversas escalas, con un apoyo adecuado. Mirado así, el Estado juega un doble rol. Garantiza la cultura como derecho y, al mismo tiempo, actúa con criterios redistributivos favoreciendo a las áreas artísticas y culturales más postergadas y generando capacidades para el largo plazo.

La sociedad de este comienzo de milenio, está inmersa en un período de profunda transformación irreversible y de un futuro tan incierto como susceptible de insospechadas potencialidades de humanidad, libertad y solidaridad. A partir de esto asumimos a la cultura también como el principal fundamento civilizante de los procesos sociales y políticos. Lamentablemente, en muchas instancias del debate político contemporáneo, tanto nacional como internacional, seguimos atrapados en el círculo vicioso de la cultura entendida como entretenimiento, gasto suntuario o una práctica desechable o constantemente postergable, es muy relevante que el debate se abra y actualice, en definitiva que se transforme consistentemente en un tema pensado desde la modernidad.

Por ello, los problemas no son fundamentalmente de recursos, aunque estos sean un factor clave; tampoco son esencialmente institucionales, si bien una nueva legislación al respecto sea un substrato determinante para proyectar a la cultura en este siglo. Seguramente podrá parecer redundante decir que la cultura es esencialmente un tema cultural, una manera de pensar y de mirar el mundo; tiene que ver con la capacidad de asumir la perplejidad de la existencia y con la sensibilidad para transformar a la creación, entendida como proceso existencial y psicológico, en elemento constitutivo del desarrollo y despliegue de las capacidades de realización personal de cada uno de los chilenos.

La historia cultural de nuestra República, que dentro de muy poco cumplirá 200 años, ha sido discontinua, accidentada, pero de una pasión constante. Parte sustantiva de lo que llamamos historia nacional es la trama de nuestras costumbres, formas de hacer la obra y de crear el concepto, la autorreflexión y la cosmovisión. Sin embargo la política cultural, en términos de preocupación central del Estado, ha sufrido interrupciones muy relevantes; ha sido muchas veces débil y en ocasiones episódica, como se constató ya en los debates de la celebración del primer centenario, hace cien años. La constante ha sido subsumir la cultura dentro de la educación y, por tanto, ubicarla en el territorio de sus estrategias, prioridades y formas.

Recordemos que los esfuerzos fundacionales en nuestro país llevaron a transformar lo educacional y las destrezas científicas, tecnológicas y cognitivas en factor decisivo del desarrollo como nación y que más adelante, la necesidad de

profundizar ese despliegue y superar los diversos atrasos estructurales enfatizo aún más la predominancia de ese progreso material.

Todo lo anterior, si bien es absolutamente comprensible en naciones fundadas un poco desde arriba, como son prácticamente todas aquellas que conforman la historia latinoamericana, es claro que en el largo plazo ha provocado entre la cultura y educación un desequilibrio muy marcado en el que las políticas culturales se abren paso cuesta arriba a través de múltiples carencias, dificultades e incomprensiones.

Esto no puede seguir ocurriendo, ya que sus efectos y costos, que serán siempre de largo plazo, desaprovecharán capacidades y empobrecerán nuestras condiciones como país para ubicarnos en el ámbito latinoamericano e internacional con una clara y fuerte identidad, aportando e interviniendo a lo que ocurre culturalmente en el mundo. Porque un país no es considerado exitoso sólo por sus equilibrios macroeconómicos, sino también por sus equilibrios sociales, de oportunidades y de posibilidades para cada uno de sus ciudadanos.

Así mismo, es completamente decisiva la descentralización en los procesos de toma de decisión, respecto a recursos, propuestas e iniciativas a lo largo de todo el territorio lo que ocurra en la comuna, la provincia y la región es en última instancia el substrato de los indicadores del estado actual de la cultura en Chile.. El fortalecimiento de estos espacios, con sus identidades, estilos y respeto por sus comunidades artísticas y creativas, es una condición de éxito y una estrategia democrática del desarrollo de la cultura en el largo plazo. Debemos enfatizar más los aspectos autonómicos de los ámbitos locales y regionales y situar ahí mayores roles y responsabilidades, a través de alianzas entre el Estado, la sociedad civil y las comunidades de creadores. Es básico que cada comuna, provincia y región desarrollen estrategias de desarrollo cultural y entiendan a estas como un asunto prioritario en el gobierno de sus territorios.

Las premuras y lo que falta.

Durante los últimos años hemos logrado articular algunas orientaciones esenciales de desarrollo cultural, a partir del Estado y con desiguales niveles de cooperación y alianza con instituciones y corporaciones de la sociedad civil. Lo hemos hecho enfatizando en los derechos culturales de los ciudadanos en tanto tales, lo hemos impulsado en las iniciativas de descentralización y de descongestionamiento en las decisiones, fortaleciendo a los encargados de cultura del MINEDUC en cada lugar; hemos iniciado una política de investigación que nos ha entregado conocimiento, teórico y empírico, se han perfeccionado las políticas de fondos concursables.

Al mismo tiempo se ha establecido una relación entre los programas de cultura y educación y muy singularmente se ha conseguido llevar virtualmente todas las propuestas de nuestra institución a varios lugares del territorio, cuando no ha todos ellos, configurando una política nacional que no se constituye a partir de la suma de

las partes sino como estrategia global. Muy significativo en esta cuestión ha sido el comenzar a construir hacia los pueblos originarios una política, que respetando sus identidades, fomente el diálogo y la acción conjunta que piense a Chile como una república de muchos y singulares culturas.

Un tema de gran premura que debemos abarcar concentrando esfuerzos durante este año, es el de la juventud. Tenemos conciencia de lo complejo de este mundo, sin embargo, ahí se pone también a prueba en las regiones, provincias y comunas nuestra sensibilidad para generar y recrear proyectos, iniciativas y espacios que hagan a los jóvenes sujetos protagónicos de estas propuestas, que les permitan expresar sus enfoques, críticas y sugerencias. Una política cultural dirigida a la juventud debe ser coordinada no sólo con las instituciones de la enseñanza básica, media y superior, sino también con el mundo del trabajo, hay que asumir que los jóvenes son distintos. Al mismo tiempo, hay que asumir los barrios, las comunas, las practicas recreativas y los lugares de encuentro como espacios susceptibles de ser integrados a los diseños de políticas culturales. Por todo esto, tendremos que articular todas las iniciativas en todos los niveles de la División de Cultura en cuanto a instancia nacional y regional, para comenzar a producir efectos progresivos en este plano con acciones concretas.

Cuando establecimos los vectores de descentralización, cultura y educación y el mundo de los sectores más alejados, excluidos o marginados como los tres ejes sobre los cuales fundar nuestras preocupaciones y recursos, lo hacíamos con la convicción de que cada uno de ellos debía ser enriquecido con temas que si bien se habían considerado no estaban suficientemente profundizados. A partir de los Cabildos Culturales, de las investigaciones que dieron forma a la cartografía cultural y de las tendencias que se manifiestan en las políticas de fondos concursables, creemos que se debe relevar la jerarquía que tienen las cuestiones de identidad, especialmente, en regiones con una larga historia y fuerte debate creativo; así como los esfuerzos de formación de gestores, productores y animadores.

A partir de esto asumimos la necesidad de apoyar el fortalecimiento de una intelectualidad regional y local en los temas culturales. Resulta cada vez más importante, que los programas de cada región del país integren frecuentes momentos y espacios democráticos, de debate y reflexión colectiva con creadores, intelectuales y artistas, como rasgo regular de sus lógicas de trabajo, aspiramos a que Chile cuente con fuertes espacios de intelectuales y creadores regionales que hagan presentes sus identidades y propuestas.

Para lograrlo hace falta superar cierta indiferencia con las prácticas ciudadanas de foros culturales , ya que impiden la coordinación y empobrecen la capacidad de propuestas y sugerencias.

Las actividades centrales 2002, sus lógicas y nexos

Pensamos que este año, como ya vimos, estará signado por el debate acerca de la nueva institucionalidad cultural, y de las leyes sobre el cine y la música. Legislativamente será un período muy trascendente.

Desde la División de Cultura nos proponemos fortalecer las políticas que ya han sido definidas a partir de los lineamientos centrales y mejorar los mecanismos de evaluación y seguimiento de nuestros proyectos. No queremos que nuestros programas se contaminen de provisionalidad en virtud de la etapa de transición institucional, ni tampoco disminuirémos nuestros esfuerzos a la espera de que se apruebe en el parlamento este Proyecto de Ley. Más aún, por tratarse justamente de una etapa muy singular, profundizaremos nuestras prácticas y objetivos tratando de poner en juego todo lo que hemos acumulado en términos de experiencia y conocimiento en los últimos 10 años. Esta será nuestra manera aportar al desarrollo de los procesos culturales en curso y de responder a la confianza que el mundo del arte tiene en nuestra institución.

Hemos concentrado en 16 actividades de alcance nacional algunos de los sentidos y lógicas de nuestras políticas para, a través de ellas llegar a la mayor cantidad de chilenos y fomentar las capacidades de creación, análisis y propuestas culturales de nuestro país. Los puntos que consignamos a continuación no abarcan todas las iniciativas que impulsaremos este año, sino exclusivamente aquellas que son nuevas o que han sufrido una modificación sustantiva en su diseño.

Los programas globales de la División de Cultura, que se implementan desde cada una de sus áreas y sectores, se encuentran incluidos y fundamentados en los lineamientos 2001 de nuestra institución.

1. *Cine y Creación.* Lanzaremos en el primer trimestre de este año los primeros tres largometrajes de Raúl Ruiz sobre Chile en el siglo XX. Se trata de una serie, verdadera zaga que este director ha venido realizando con el apoyo de la División de Cultura del Ministerio de Educación. Esta producción se mostrará a lo largo de todo el país.
2. *Tercer Cabildo Nacional de la Cultura y las Artes: Por la libertad y la diversidad.* Es un nuevo evento que convoca a este foro y espacio de reflexión y propuesta a los creadores y gestores locales, especialmente comunales. Esta actividad se está preparando a través de la vinculación de los delegados, promoviendo los cursos de formación en gestión y acogiendo las múltiples sugerencias sobre temas de identidad local. Esta política se verá también reforzada por la existencia en Fondart de una línea de recursos para los creadores comunales.
3. *Segunda Cartografía Cultural de Chile.* A partir de este nuevo análisis y registro que llega a los 35.000 datos, surge el imperativo de fomentar las capacidades

para su uso en regiones y localidades como instrumento de elaboración y proyección de políticas culturales. Se piensa implementar planes piloto con iniciativas locales surgidas del uso creativo de los datos consignados en la Cartografía, especialmente en las comunas y comunidades de creadores.

4. *FONDART para creadores locales.* Se trata de una propuesta que fue sugerida en el Primer Cabildo Nacional de la Cultura y las Artes y elaborada durante el segundo, que viene a responder a una necesidad y aspiración muy fuerte de los creadores comunales que pretenden obtener una fuente de recursos que les permita concretar en proyectos viables, ideas y capacidades creativas que pocas veces se hacen visibles.
5. *Arte y Ciencia: La creación como potencia humana.* Nos proponemos realizar el Primer Encuentro Nacional entre científicos y artistas en la ciudad de Valdivia en Septiembre de este año, en colaboración con el Centro de Investigación Claudio Teitelboim. Pretendemos con ello, vincular estos dos grandes mundos creativos y producir replicas en universidades y en cualquier otro ámbito donde un científico y un artista puedan coordinar sus acciones para enriquecer el debate público y la inteligencia colectiva.
6. *Pueblos originarios.* Se produjo un avance muy relevante en el FONDART dirigido a proyectos que involucren las culturas originarias y sus comunidades. Además, nos encontramos preparando los Cabildos Interregionales de estas comunidades y hemos realizado un esfuerzo muy concreto por llevar a algunas de ellas, turbinas que permitan generar luz eléctrica para el desarrollo de actividades culturales y para el mejoramiento de sus condiciones de existencia, un aporte de “luz para la cultura” es trascendente ya que vincula lo económico social a lo creativo.
7. *Encuentro entre generaciones.* A partir de la experiencia de los Cabildos, locales, regionales, nacionales e internacionales, realizaremos en el curso de este año un encuentro generacional por región, que congregue a adultos y jóvenes vinculados a la creación con el propósito de debatir y producir reflexiones colectivas en torno a las vivencias aspiraciones y rasgos distintivos de cada grupo etéreo en los campos de la creación y de la cultura.
8. *Espacio público.* Esta iniciativa está dirigida a los funcionarios estatales y sus familias a lo largo de todo el país en base a promover el acercamiento a la cultura y el arte, a través del conocimiento directo de obras artísticas de las más variadas disciplinas y la realización de talleres de diverso tipo. Sabemos que con esto aportamos a la necesaria valorización del rol del trabajador público y contribuimos a mejorar las condiciones de trabajo y clima laboral.
9. *Universidades.* A la iniciativa *Haz tu tesis en cultura*, se le suma este año *Haz tu práctica en cultura*. Buscamos que una serie de profesionales recién egresados,

de las diversas regiones de Chile, realice su práctica profesional en el estudio de nuestras políticas o en alguno de los proyectos que estamos implementando, desde nuestras instituciones en Santiago y Regiones.

10. *Pedagogías y creación.* En el Área de Cultura y Educación estableceremos con algunas universidades regionales estableceremos iniciativas pilotos, de alcance específico, para promover la pedagogía artística en coordinación con el Colegio de profesores y con las instancias de educación superior de nuestro propio ministerio. Se llevará a efecto el primer congreso internacional de Educación y Cultura.
11. *Cabildos Internacionales.* Después de la realización de los Cabildos en Suecia y Argentina nos hemos propuesto la realización de tres Cabildos internacionales en el curso de este año, dirigidos hacia la comunidad de chilenos que viven en el exterior abriéndose hacia los creadores que se encuentran asentados en Australia, Canadá y las Islas Canarias.
12. *Comunidad y Casa de la Cultura.* Impulsaremos con los gobiernos regionales y provinciales, así como con las autoridades municipales de cada una de las localidades del territorio nacional, la concreción por comuna de una casa para la cultura, un encargado de cultura y el 1% del presupuesto municipal para los mismos fines.
13. *Galería Gabriela Mistral.* En dos regiones del país impulsaremos la instalación de estos espacios que le permiten a artistas emergentes exponer sus obras y someterlas a la reflexión y conocimiento público.
14. *Línea 600.* Generaremos este año una línea de información pública que informe sobre el conjunto de las políticas que impulsaremos, las iniciativas que realizaremos, sus fechas, posibilidades de acceso y lugares.
15. Encuentro de realidad y análisis de las Industrias Culturales en Chile en coordinación con los sectores del libro, la música y cine con el objetivo de formular algunos propósitos y sugerencias para su desarrollo.
16. Se realizará un seminario sobre los temas de la Gestión Cultural y la Economía de la Cultura invitando a intelectuales y expertos de Alemania, Francia y España por Europa, y Brasil, Argentina y Chile por el Cono Sur.

Lineamientos para un año fundacional

Un relato necesario

El año 2003 se ubicará como un momento decisivo de los procesos de implementación de las políticas culturales de nuestro país. En el lapso de estos doce meses cristalizarán los esfuerzos y deseos de varias generaciones de creadores, que se propusieron que Chile contara con una Institucionalidad Cultural que potenciara los ímpetus creativos de los diversos movimientos y corrientes culturales que marcaron el siglo XX. Las raíces de estos procesos están en las generaciones de las primeras vanguardias estéticas, en las aspiraciones de los creadores de la década del veinte, en las corrientes de discusión y polémica que produce el primer centenario.

También encontramos sus huellas en las reivindicaciones de democracia y justicia social de los trabajadores y de los nuevos sectores medios que se ponen en marcha en el mismo período social y político, con el objetivo de industrializar y democratizar el país, en un contexto donde el pensamiento moderno, social, político, científico y cultural debió abrirse paso enfrentando a otro, convencional y conservador.

Ese proceso inauguró una relación de fuerte filiación entre cultura y democracia, que se extenderá durante todo el siglo XX, produciendo espacios compartidos y fronteras móviles. Se trataba de que, junto con extender la educación a amplios sectores de la población, que aspiraban a mejorar sus condiciones de existencia material por esta vía, se lograra que la producción cultural, ubicada tradicionalmente en el mundo de las elites y casi siempre lejana, fuera por fin accesible a los sectores más marginales y de menores ingresos de la población.

Se vivían tiempos en que la “alta cultura” con sus temas y realizaciones no se relacionaba con la cultura tradicional, popular o de masas o, si lo hacía, se trataba de una relación absolutamente episódica y circunstancial. Pero, en la medida en que las dinámicas de democratización transformaban el panorama nacional, estos mundos comenzaron a interconectarse y a producir espacios compartidos. La historia de la literatura, el teatro, la música, ubican y tratan temáticas que narran la vida y existencia de los mundos agrarios, de los nuevos sectores urbanos y de las emergentes instituciones, construyendo un relato de la realidad chilena que gana en amplitud, complejidad y matices.

El concepto de Chile deja de ser una noción plana, para transformarse en otra con mayor espesor y relieves. Lo cultural se convierte en la base primordial del relato social, de la forma en como nos vemos y sentimos, al mismo tiempo que el acceso a los bienes simbólicos va multiplicando los esfuerzos de muchos chilenos por realizar sus aspiraciones y profesionalizar sus conocimientos.

Se produce así un doble flujo. Por una parte, se amplía el acceso a la cultura clásica y moderna. Por otra, comienzan a legitimarse, cada vez con mayor amplitud, los conocimientos y saberes ancestrales y la cultura tradicional, tanto de origen criollo como, con mayor dificultad, la de los pueblos originarios.

Uno de los factores que dinamizó lo anterior fue la constante búsqueda de una identidad que no se agota en un solo relato, impronta o modelo de historia oficial, sino que se desarrolla en los diversos espacios existenciales y sociales que configuran los conceptos de pueblo y nación.

Este esfuerzo, que se fortalece a partir de fines de la Segunda Guerra Mundial, va a coincidir con despliegues análogos en la gran mayoría de las naciones latinoamericanas, tejiéndose, de esta forma, un entramado muy prolífero entre lo latinoamericano y lo chileno, que se hará presente con claridad en el mundo del folklore, del teatro, de la literatura, de las artes visuales, de la danza y del cine. Son tiempos de experimentación y ensayo, de búsqueda e instalación de nuevos lenguajes y temas.

Estas corrientes, que se sustentan en la construcción de nuevas identidades, coincidirán, entre las décadas de los cincuenta y setenta, con nuevos movimientos sociales, especialmente urbanos y juveniles, que postulan transformaciones políticas y culturales frente a estructuras de poder convencionales y excluyentes. Por supuesto, el mundo de los creadores no se ubicaba solamente en la vertiente de los cambios; también existieron importantes intelectuales y artistas que miraron estos desplazamientos como disolventes y superficiales.

Los debates se centraron así en el sentido mismo de la noción de cultura. Para unos, esta debía estar caracterizada por una clara ubicación en el ámbito de las Bellas Artes. Para otros, debía abrirse, crecientemente, hacia un sentido más antropológico, asumiendo las nuevas corrientes de pensamiento y a las creaciones estéticas, que se relacionaban con lo que estaba aconteciendo en el mundo desde principios de los sesenta: la irrupción de la fuerza social de la juventud con la consiguiente crítica y mutación profunda de las costumbres y formas de vida. Estos grupos también deseaban recuperar y revalorizar las tradiciones y las obras gestadas en los propios territorios nacionales, que habían sido marginadas del mundo oficial, buscando lo olvidado o soslayado por las miradas academicistas y convencionales.

Lo anterior generó un ensanchamiento de los espacios y de la participación en cultura y una creciente convicción de que ella remite a modos de vida, sentidos y prácticas de diálogo que la dotan de concreción y significado. No es extraño que, durante esos años, en América Latina y Chile, en varias ocasiones, cultura y política se hayan vinculado y mezclado, ya que parte importante de la población compartía distintas aspiraciones de reformas, ubicadas a su vez en

diversos paradigmas filosóficos tanto del mundo cristiano y católico, como del laico y radical.

La respuesta conservadora a estos procesos, que en la región se va a expresar a través del ciclo de los gobiernos autoritarios, enfrenta a la cultura como parte constitutiva de los movimientos de reforma. Por ello, los traduce en clave de disidencia, de crítica y de riesgo frente a un mensaje que reduce lo “nacional” a lo dominante y la cultura al “nacionalismo”.

Muchos creadores y artistas fueron considerados peligrosos frente a lo que se denominó como “seguridad nacional”. Los profesionales de las artes, tanto consagrados como emergentes, se replegaron de los espacios oficiales, generando verdaderas comunidades de base, que siguieron cultivando sus saberes y manifestaciones desde la marginalidad o la exclusión, vinculándose casi siempre al mundo de los movimientos sociales democráticos. Y de las víctimas de diverso tipo de represión.

Cuando se comienzan a abrir los procesos de transición a través de la organización de las fuerzas que lograrán recuperar la democracia, los temas culturales se reinstalan como parte sustantiva de la reconstrucción democrática. Iniciado ese proceso, los artistas jugarán un rol insustituible en la recuperación del sentido de la vida, del valor de la dignidad y del significado de la creación, reubicando así nuevamente el tema del acceso a la cultura como condición indispensable de una vida democrática, que había estado presente, en el panorama chileno y latinoamericano, desde principios del siglo XX.

La década de los noventa se abre en Chile con el informe de la **Comisión Garretón** denominado “**buscar nombre**”. Se trata de un trabajo que reúne a intelectuales, artistas y políticos, que se expresa en un texto de diagnóstico y proposiciones, **postulando la urgencia de una nueva institucionalidad para la cultura** que fomente la creación y la investigación, amplíe el acceso a la producción y al goce de los bienes culturales y desarrolle las industrias de ese ámbito...

Estas sugerencias esperarían años.

En **1996**, frente a las recurrentes demandas de los creadores, se constituye una nueva Comisión presidida por **Milan Ivelic** que culminaría en un segundo Informe, que hereda cuestiones sustantivas del primero y que enfatiza en la urgente necesidad de contar con una institucionalidad cultural moderna. Carlos Cerda escritor y miembro de este grupo de trabajo le pondrá el emblemático nombre al documento: “**Chile está en deuda con la Cultura**”.

No se trataba sólo de un buen título para un detallado diagnóstico y una nueva propuesta, sino que de una síntesis de los atrasos, debilidades y desajustes que los

procesos culturales arrastraban frente a las grandes promesas con las cuales se había iniciado la transición a la democracia.

Con la llegada al gobierno del Presidente Ricardo Lagos Escobar, el tema se reinstala en la agenda y se envía una nueva propuesta al Parlamento, que asume las sugerencias esenciales de los dos informes anteriores. Sin embargo, este proyecto sufriría un inesperado y desconcertante atraso en el Congreso.

Gracias a la sensibilidad de muchos parlamentarios y al nuevo protagonismo de la comunidad cultural y de los sindicatos artísticos se retoma con celeridad su debate, examen y aprobación. Llegamos así, a comienzos del 2003, a una situación que permite suponer que contaremos con esta nueva ley, a más tardar en el primer semestre de este año. También importa consignar que otros tres proyectos vienen a complementar al anterior como son la Ley del Cine, de la Música y de los Derechos Sociales y Laborales de los Artistas.

Este último tema es de gran relevancia ya que los regímenes de trabajo del mundo de los creadores se encuentran muy poco protegidos frente a las formas dominantes de contratos. Por otra parte, está emergiendo un nuevo campo que le impone al Estado y a los creadores nuevos enfoques, propuestas y decisiones. Se trata de la forma en que nuestro país realiza los diversos tratados de libre comercio y de cómo, al interior de ellos, se preservan y protegen nuestras nacientes industrias culturales. Conviene destacar que, cuando hablamos de protección, no estamos aludiendo a un concepto ramplón y ensimismado de proteccionismo, sino que a la necesidad de asumir el hecho irrefutable de que todos los países con industrias culturales en desarrollo, y especialmente las naciones más poderosas en este campo, protegen sistemáticamente sus industrias culturales, cada vez que concurren a las firmas de tratados económicos y/o comerciales.

En todo este período, y especialmente a partir de 1997, la División de Cultura del Ministerio de Educación ha concentrado sus esfuerzos en lo que hemos denominado los tres grandes vectores, localizados en la relación entre educación y cultura, la descentralización de la acción cultural y la integración de los sectores que históricamente han permanecido más marginados de los procesos creativos.

Complementario a estos ejes, hemos inaugurado las líneas de investigación en cultura, estructuramos relaciones internacionales firmes y constantes, un trabajo respetuoso y sostenido con los pueblos originarios, construimos e implementamos el concepto de ciudadanía cultural, al tiempo que los programas que provenían de principios de los noventa han ganado en profundidad y extensión, como ocurre con los fondos concursables, las artes visuales, el cine, el patrimonio cultural, el teatro, la música y la cultura tradicional.

Caso especial ha sido el de la danza, que a partir del diagnóstico que evidenciaba un claro riesgo en su existencia y desarrollo, cuenta hoy con un área de trabajo

específica al interior de nuestra institución. Por ello, en este año, cuando estamos en vísperas de que se constituya la Nueva Institucionalidad Cultural para Chile, es necesario recordar a la multitud de creadores, muchos de ellos anónimos, que entregaron toda su vida al objetivo de lograr que la cultura fuera parte de la vida cotidiana de todos y cada uno de los habitantes de nuestra tierra.

Hoy vivimos otro ciclo de la historia nacional y mundial. Nuevos temas han surgido y nuevas generaciones de creadores se han forjado en los últimos años. La mundialización y profusa circulación de bienes simbólicos, las nuevas tecnologías de la comunicación y de la creación y, especialmente, la irrupción de nuevos procesos humanos, muchos de ellos desconcertantes para los modelos analíticos convencionales junto a la aparición de otros, peligrosos para la paz y la convivencia entre los pueblos, nos urgen a repensarnos nuevamente en ese doble aspecto que heredamos de las generaciones de los veinte y de los sesenta.

Por una parte, el de ser inmensamente sensibles frente a la totalidad de los fenómenos humanos y estéticos que se reproducen a escala mundial y, por otra, seguir obstinada y profundamente enraizados en lo nuestro, con nuestras propias identidades, en el marco de un pluralismo real que impulse y practique el diálogo y el respeto irrestricto a la diversidad.

Las centralidades

Nuestros programas en el año 2003 estarán contextuados por la instalación del Consejo nacional de Cultura y por la reorganización y ajustes profundos que este hecho implica para las instituciones que concurren a la gestación de este nuevo organismo del Estado, entre las cuales, en un lugar preponderante, se encuentra la División de Cultura del Mineduc. Sin embargo, el sentido y madurez de los programas que se han ido consolidando aquí en los últimos años no puede quedar suspendido por el importante paso institucional que señalamos.

Asumiendo la especial situación de este año nos proponemos continuar con las líneas de trabajo que a nivel internacional, nacional, regional y local hemos venido implementando y desde allí aportar todas nuestras capacidades para que la etapa de transición organizativa y programática se haga con gran eficacia y solvencia, asumiendo en plenitud lo acumulado e integrando el amplio abanico de opciones y posibilidades que se abren.

Las etapas de transición institucionales y de líneas de trabajo exigen, por una parte, una gran capacidad dirección política y organizativa y por otra, un claro conocimiento de lo que ocurre en los diferentes ámbitos de la cultura, para poder sumar capacidades y voluntades al éxito del proceso. Por ello, construiremos un conjunto de iniciativas centrales y las dotaremos de una estrecha coordinación entre sí, adecuándonos a los ritmos y plazos inevitables que implica la estructuración de la nueva institucionalidad a nivel nacional, regional, provincial y local. Estamos

seguros de que deberemos asumir con gran apertura y eficacia temas y problemas que difícilmente pueden ser considerados dentro de los planes más generales y cuya solución dependerá de la capacidad que se tenga para adecuar estructuras, reformular objetivos y, muy especialmente, de que quienes se integren a la nueva institucionalidad o se vean implicados en sus efectos, conozcan en detalle la lógica interna de esta ley y se sientan parte integrante de lo que se promueve y realiza.

Debemos considerar que un modelo legislativo establece siempre marcos generales y que por más detallado que pueda ser, jamás abarcará la totalidad de los detalles de la realidad y esto es particularmente claro cuando se trata de cultura, donde los sentidos, intereses y propuestas emergen desde muchos y muy diferentes enfoques y puntos de vista. La unidad y convicción política y moral de acoger a los artistas en la estructura de la nueva institucionalidad es absolutamente relevante, ya que son ellos los que dotan a esta ley de sentido y trascendencia.

Para nosotros, el diálogo, la consulta y las propuestas que provengan del ámbito de la creación serán esenciales a la hora de considerar la forma y el impulso de las nuevas organizaciones y programas.

Un año de transición, en términos teóricos, inevitablemente nos enfrenta al riesgo del ensimismamiento o encapsulamiento en los meros aspectos administrativos y organizativos. En virtud de esto, asumimos el doble desafío de caminar con libertad y decisión hacia este momento fundacional y, por otra parte, de no disminuir ni diferir lo que hemos venido haciendo.

De los temas

1. Impulsaremos a lo largo del 2003 **El año del Teatro chileno**. Este programa tiene como objetivo hacer un recuento de los principales hitos del teatro nacional durante el siglo XX y un reconocimiento a los principales exponentes de la dramaturgia nacional, provengan de los teatros universitarios, experimentales o ensayísticos. Esta iniciativa se coordinará con los gremios, universidades y agrupaciones de actores y teatristas (todo el año, con un momento central por región, más uno nacional).
2. Realizaremos el **Cuarto Cabildo Nacional de la Cultura y las Artes**. Se trata del programa que más fuertemente concretiza el concepto de ciudadanía cultural y de participación de lo local en la creación. Este evento se centrará en la construcción de un diagnóstico y compromiso de lo que debe impulsarse a nivel comunal para mejorar el acceso a la creación en todas las localidades de Chile. En este plano es decisivo contar con el protagonismo y apoyo de los alcaldes y gobiernos regionales y provinciales. (mayo)
3. (Ver Cabildos de Pueblos Originarios fechas y lugares)

4. (Ver Cabildos Internacionales que están planificados para consignarlos con fecha y lugar)
5. Extenderemos nuestras políticas de **Artes Visuales** a través de la presencia de la Galería Gabriela Mistral a otras regiones de Chile (ver cuáles, todo el año).
6. Desarrollaremos en conjunto con **CONICYT** el Primer Encuentro de la Creación y la Ciencia, denominado, “**Arte y Ciencia un Mundo por Construir**” . (abril)
7. Realizaremos en el contexto del Cabildo Nacional un Cabildo de Niños centrado en el diálogo y la instalación en el mundo infantil de la creación como un derecho y un elemento constitutivo del desarrollo humano. (debiera hacerse con Mideplan y UNICEF: “**Niños por la diversidad y la Paz**”)
8. Durante el mes de septiembre haremos un encuentro que partirá por las regiones de **Juventud y Cultura**, especialmente centrado en los movimientos underground, en los grupos más alejados de las políticas institucionales con el propósito de construir nuevas líneas de diálogos y fomento hacia los creadores más críticos del orden establecido.
9. Culminaremos y lanzaremos en el mes de septiembre el **Estudio sobre Economía de la Cultura**, en conjunto con los gremios de las industrias culturales y los empresarios del mundo privado vinculados a esto. En este plano también publicaremos la segunda edición del Atlas como cuadernillo regional, con el apoyo de los gobiernos e instituciones de cada región.
10. Nos proponemos realizar en el mes de junio el **Primer Seminario de Cultura y Fuerzas Armadas**. Se trata de un evento esta últimas concurren con ponencias que vinculen el tema de la identidad nacional y soberanía en un mundo globalizado y nosotros con los procesos vinculados a la identidad y las nuevas dinámicas hibridación de los fenómenos culturales internacionales. Como parte de este mismo encuentro postulamos reflexionar con la policía uniformada y civil las cuestiones referidas a seguridad pública y espacio público como condición de libertad y creación.
11. Realizaremos encuentros nacionales con una culminación nacional, que convoque a creadores y políticos de diverso origen, sobre el tema de **Democracia, Libertad y Cultura a 30 años del Golpe Militar**. Con el objetivo de producir un diálogo intergeneracional y establecer y aclarar enfoques y aproximaciones diversas respecto de la historia cultural de las últimas tres décadas en Chile.
12. Desarrollaremos en octubre seminarios en la II, V, RM, VIII y X Región sobre **Industrias y Gestión Cultural**: “Nuevos enfoques para el desarrollo de la cultura”.

13. Apoyaremos desde el programa de Música de la División el **Año de Claudio Arrau**.
14. Realizaremos en conjunto con otros ministerios y reparticiones el **Primer Encuentro Nacional de Espacio Público**. Centrado en la dignificación de los funcionarios públicos y en el imperativo de que al interior de sus instituciones la cultura sea asumida como proceso de formación de sus habilidades, funcionarias, técnicas y profesionales, y de generación de condiciones laborales dignas.
15. Escribir un párrafo síntesis con los temas de continuidad en cine, teatro, danza, culturas originarias, patrimonio, fondos concursables y cartografía.

ALGUNAS REFLEXIONES PARA COMPARTIR

Al enfrentar la última etapa de mi gestión en la División de Cultura, me parece importante compartir con todos ustedes, mis más estrechos colaboradores, aunque sea muy sumariamente, algunas reflexiones acerca de la Cultura como responsabilidad de Estado. Espero que comprendan la significación que tiene para mí el poder consignar en estas breves líneas mi constante preocupación por instalar en nuestras acciones una visión que vaya más allá de los avatares de un determinado programa de gobierno y que signifique un aporte sustantivo al proceso cultural de nuestro país visto desde la perspectiva de la acción del Estado en ese ámbito.

Desde hace un poco más de dos años, en la División de Cultura, nos hemos empeñado en construir juntos ciertos prerequisites y fundamentos de esa política. A ellos hacen referencia los tres vectores que informaron nuestra acción desde el comienzo: Descentralización, Cultura y Marginalidad y Cultura y Educación.

Entre las muchas iniciativas que se han concretado con el valioso aporte de todos, hay algunas que me atrevo en calificar de emblemáticas por su proyección a futuro. Se trata de la *Descentralización* territorial de nuestra acción a lo largo de Chile, de la *Cartografía Cultural*, que esperamos entregar a la comunidad nacional el 1 de octubre de este año, y de los *Cabildos Culturales*, en plena etapa de desarrollo en cada una de las regiones del país. Para lograr éxito en ello, hemos intentado una reorganización de la estructura de nuestra División, haciendo un gran esfuerzo por introducir, en todos nuestros procesos, estrategias de planificación y análisis de impacto de lo que estamos impulsando.

Pero, todos sabemos que la División de Cultura es un espacio muy pequeño dentro del Ministerio de Educación y que su gasto anual por habitante es inferior a un dólar (poco más de 450 pesos), incluyendo los Fondos Concursables y los gastos operacionales en los cuales se incurre en la implementación de nuestros proyectos. Es decir, desde cualquier perspectiva, los recursos con los cuales contamos para una sostenida acción cultural son escandalosamente escasos.

Sin embargo, es evidente que el problema que enfrentamos no es sólo de recursos económicos, aunque esto sea muy clave, y tiendo a pensar que tampoco es fundamentalmente institucional, aunque una nueva legislación sea un substrato determinante para proyectar la cultura en el próximo siglo. A pesar de que parezca redundante, me atrevo a decir que la cultura es esencialmente un tema cultural, que tiene que ver con una manera de mirar el mundo, con una capacidad de asumir la existencia humana con todas sus perplejidades y con la sensibilidad

necesaria para transformar la creatividad en elemento constitutivo de realización personal de cada uno de los chilenos y en eje del pleno desarrollo del país.

Realizar el balance exhaustivo de las políticas culturales, que durante este período hemos implementado todos los hombres y mujeres que trabajamos en la División, es un ejercicio inevitablemente selectivo. Por más rigurosa que sea la descripción de los procesos, de las estrategias y de sus efectos concretos en la comunidad, siempre habrá algo que no quedará incluido en los registros formales y que, sin embargo, ha sido sustantivo para el cumplimiento de algunos de nuestros objetivos. El intento del análisis total choca siempre con la imposibilidad de una reseña completa. Por ello, insisto en lo provisorio de mis conclusiones y en el carácter de borrador que tienen estas notas que intento compartir. Sin embargo, en ellas quiero resaltar algunos elementos que creo deberían ser integrados a la reflexión y al debate actual sobre Estado, Cultura y Desarrollo.

El desarrollo cultural de nuestra República, que dentro de un poco más de una década cumplirá doscientos años, ha sido discontinuo y accidentado, a pesar de la pasión constante de muchos hombres y mujeres que han tratado de impulsarlo. De hecho, parte sustantiva de lo que hoy llamamos “historia nacional” es la trama de nuestros hábitos, de las múltiples formas de crear conceptos y obras en el quehacer individual y colectivo, basado en la reflexión crítica y la cosmovisión. Pero, la política cultural, en términos de preocupación central de Estado, ha sufrido interrupciones muy relevantes; muchas veces ha sido débil y en ocasiones apenas episódica. Lo constante ha sido subsumir el concepto de Cultura en el de Educación y, por tanto, ubicarla en el territorio de sus estrategias, prioridades y formas.

Recordemos que los esfuerzos fundacionales de nuestro país llevaron a transformar lo educacional y las destrezas científicas, tecnológicas y cognitivas en factor decisivo del desarrollo como nación y que, más adelante, las necesidades de profundizar ese desarrollo y superar los diversos atrasos estructurales enfatizaron, aún más, la predominancia de las grandes iniciativas de progreso material. Esto, si bien es comprensible en naciones fundadas un poco desde arriba como lo son prácticamente todas aquellas que conforman la historia Latinoamericana, es claro que ha provocado un desequilibrio muy marcado entre educación y cultura, que en el caso de Chile es demasiado excesivo y constante. En la realidad, nuestra cultura se ha abierto paso cuesta arriba a través de las diversas carencias, dificultades e incomprensiones.

Es pertinente preguntarse por qué en la historia nacional no ha existido un Ministerio de Cultura o alguna institución que, por su alcance y significación, le sea equivalente. En muchos momentos, nuestros artistas e intelectuales y nuestros políticos más lúcidos han instalado la discusión acerca de ello, pero urgencias, crisis o cambios en la conducción del Estado han desvirtuado siempre estos objetivos.

Es sabido que, en Europa, especialmente en Francia, el Estado juega un gran rol cultural; también que en Norte América y específicamente en Estados Unidos el mundo privado y empresarial sostiene grandes proyectos.

Pero, para los fines de pensar desde Chile, creo que no es bueno instalarse en esta polaridad, entre lo que podría denominarse el modelo francés frente al norteamericano. Lo que sí importa es entender cómo la cultura se introduce en nuestra vida cotidiana e institucional como variable determinante de cualquier definición de progreso y de una estrategia de desarrollo armónico y sustentable. Por eso, debería ser preocupación preferente del Estado el promover su expansión.

Quiero aclarar de inmediato y enfatizar que lo anterior no plantea, por supuesto, que debería existir una “Cultura de Estado”. Los ejemplos históricos en este plano son demasiado recientes, trágicos y claros como para ahondar en sus grandes inconvenientes. La propia realidad del Estado contemporáneo hace imposible la implementación práctica de este concepto, presionado como está, desde abajo, por las nuevas demandas ciudadanas de participación, descentralización y transparencia y, desde afuera, por los nuevos mega-procesos de la internacionalización del conocimiento, las decisiones, el comercio, las tecnologías y, en definitiva, de las macro-políticas de interrelación más estrecha entre muy diferentes formas de estructuras sociales.

Pero, por ello mismo, no hay que sucumbir a la superstición de que, en este campo, el mercado reemplazará al Estado de manera democrática y equilibrada. El mercado no es automáticamente analogable al desarrollo. Es una categoría indispensable, pero no única y no reemplaza al rol del Estado.

En el campo cultural, si quedamos reducidos entre lo que el Estado implementa y lo que el mercado sustenta, quedan fuera gran parte de los procesos que se producen en la sociedad civil, ese otro gran actor de los fenómenos sociales. Entiendo por sociedad civil ese entramado en el que hombres y mujeres, de diversas biografías y ubicaciones sociales, establecen relaciones de creación, de intercambio y de cooperación a través del habla, de la historia y de las costumbres, construyendo realidades que determinan sustantivamente la existencia de una nación y de un país, ya que definen, entre otras cosas, la forma en cómo vivimos el mundo y nos situamos en él. La sociedad civil es un concepto que expresa ansias de participación, de derechos, libertades y protagonismos.

Tener una política de Estado respecto de la cultura, implica contar, por ello, con una institucionalidad que genere los espacios para democratizar el acceso a la cultura en sus diversas manifestaciones y niveles y, especialmente, para que el ciudadano llegue a ser “sujeto cultural”, es decir, una persona que abarca a la

cultura como derecho y la construye como forma de vida en su propia existencia cotidiana.

Una política cultural debería buscar un equilibrio entre tres categorías: la Sociedad Civil, el Estado, como ámbito de la política, y el Mercado. De las tres, la Sociedad Civil es la fundamental. Pero, para que ello ocurra el Estado debe asumir sus responsabilidades en términos de un concepto de democracia y participación que sea redistributivo a favor de los más carentes o, dicho de otra manera, de una suerte de discriminación positiva a favor de la cultura.

Por otra parte, también existen enfoques que trivializan los temas de la creación. Se suele congelar muchas veces a la cultura en la entretención, es decir, en algo que permite el esparcimiento sin dejar una gran impronta o huella. Se trataría de un pasa-tiempo, es decir, hacer que el tiempo transcurra efímeramente en nuestra existencia y nos permita olvidar las dinámicas en las cuales estamos inscritos. En otras ocasiones, se suele congelar a la cultura en el exclusivo concepto de arte como un conjunto de excelencias, complejidades y sutilezas que ocurre solamente en espacios doctos y especializados. Si la cultura tiene algo de entretención es en la medida que es lúdica, en que recrea lo creado, pero no es efímera ni trivial.

Es cierto que en ella también ocurren complejos procesos cargados de historia y de significación, pero no es por ello laberíntica o excluyente. Democratizar el acceso a la cultura significa ensanchar los derechos ciudadanos, aumentar la capacidad de reflexión, creación y crítica de los habitantes de una nación y hacer más significativo el propio concepto de país.

Por eso, pienso que tener una política cultural implica culturizar los diversos debates y procesos que ocurren en los entramados de la cotidianidad. Tiene que ver con vincular armónicamente la cultura con la diversidad, con la salud mental, con la sensibilidad frente a lo que ocurre en el mundo y, sobre todo, con la resignificación de una historia nacional en la que todos quepan, con sus dignidades y sueños auestas. Es decir, no puedo ni quiero separar la cultura de la vida, de la aventura de nuestra propia existencia que, a pesar de que pretendamos planificarla y dirigirla, siempre terminará por asombrarnos, obligándonos a inventar nuevas maneras de recrear a la humanidad.

Es evidente que estas hipótesis de trabajo que les transmito constituyen apenas una parte de un más amplio y exhaustivo proceso de definición de políticas y de prioridades en nuestra labor, bajo la óptica de un compromiso de Estado con la Cultura. Con ello, pretendo solamente continuar nuestra reflexión en común que, estoy cierto, nos ayudará a reinventar Chile como el país humanista, democrático y desarrollado que hemos soñado siempre.

Claudio di Girólamo Carlini